

JORGE ASÍS

Excelencias de la NADA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ÍNDICE

El Japón de la papa diaria	9
Rehenes que partieron	27
Dragar al yemenita	34
La <i>Veuve Cliquot</i>	42
Sur-sur	50
El informe Amikoto	62
El prodigio de Guatemala	79
La tensión del Grulac	97
Luces verdes de Tokio	102
<i>Le Procope</i>	110
El Grupo de Reflexión	116
In memoriam	133
La construcción de la úlcera	136
Ceremonias de dragado	146
Operativo Sayamata	153
Sobre la tentación de representar el Universo	159
Lo que un canciller debería saber	166
Árabes cinco estrellas	172
Los caminos del Bazar	186
Cartas de súplica	193
La blonda del Canadá y los integristas	199
El adiós de los mosqueteros	231
El fin de la historia	248
Epílogo. La flor amarilla de Turquía	255

El Japón de la papa diaria

Las intrascendentes reformas al Acta Constitutiva de la NADACEC (Agencia de las Naciones Asociadas para el Desarrollo de la Ciencia, la Educación y la Cultura) pasaron a la historia cerrada del organismo como la *Enmienda Japonesa*. O como el *Proyecto Amikoto*, en merecido homenaje a quien fuera el instigador principal, su Excelencia el embajador Tadeo Amikoto.

Aquellas reformas insustanciales habían sido aprobadas por unánime aclamación abrumadora, y para colmo de pie, por los magnos representantes de ciento ochenta países, reunidos en la Sala Uno del Edificio Fontenoy, durante las postrimerías de la soberana Gran Asamblea General del otoño de 1993. Y para algarabía del espectro educativo, cultural y científico del universo, ahí también resultó reelecto el señor Secretario General, célebre bioquímico con inquietudes poéticas, su Excelencia don Francisco Valencia Menor, por otros seis años y hasta los albores del próximo milenio.

Sin embargo, la mayoría de los abnegados mortales, representantes de Estados que se emocionaron en la histórica ceremonia de la engalanada Sala Uno, y que aplaudieron conmovidos, desconocían que se asistía al epílogo insólito de una confrontación basada en odios pequeños rigurosamente novelescos. Ignoraban que las reformas insignificativas se habían originado en el profundo desprecio que el traumático embajador del Japón, Excelen-

cia Amikoto, sentía en primer lugar por su compatriota, el displicente embajador don Akihito Kudora, un diplomático jubilado que disfrutaba del mismo tratamiento de "Excelencia" y se desempeñaba como miembro titular del Consejo Ejecutivo de la NADACEC, la organización imprescindible para acabar con todos los analfabetos de la Tierra. Y en segundo lugar, los representantes sensibilizados, con su inagotable capacidad para la ignorancia, desconocían además que los cambios se habían desatado merced a la rabia infinita que Excelencia Amikoto le dispensaba al immaculado don Valencia Menor, el conductor insustituible y emblema identificador de la NADA, como solía denominarse popularmente y para abreviar al organismo clave de la cultura. Amikoto regaba diariamente el rencor que sentía por el andaluz inmortal que reinaba en el sexto piso de Place Fontenoy, y que se había revelado como un magnífico baluarte de la tolerancia al por mayor y un representante voluntarioso de la generación de poetas maduros de España. Un funcionario de altísima competición y vigorosamente locuaz que suponía manejar la maquinaria autónoma de la burocracia internacional que se había apoderado del organismo, con un entramado siniestro que permitía mantener a todos los países integrantes como rehenes perpetuos del ficticio sistema de cooperación.

De todas maneras, debido a los consejos oportunamente lúcidos del persa transgresor Ali Magharini, con relativa prontitud Valencia Menor iba a capitalizar las rencorosas propuestas de medidas japonesas para su exclusivo beneficio político personal. Porque los consejos del iraní mágico, experimentado conocedor de las debilidades contradictorias de las relaciones entre Oriente y Occidente, produjeron una voltereta de equilibrista fenomenal que sería decisiva para desconcertar a la comunidad internacional y pasar automáticamente a la ofensiva. Por lo tanto Valencia Menor lograría volcar a su favor, hasta apropiárselos, los proyectos de enmiendas que ha-

bían sido imaginados con el propósito de perjudicarlo por Excelencia Amikoto, aquel japonés sentimental y colmado de tensiones que ocultaba pasiones bajas como la envidia sistemática y el deseo de destrucción, detrás del sufrimiento legendario que reivindicaba su Japón secreto de la papa diaria.

En efecto, se asistía a la modificación del Acta Constitutiva, perpetrada por aquellos visionarios desorientados de la segunda posguerra mundial. Sin embargo, sólo era una consecuencia indeseable de las menores pasiones descontroladas. Un espeso drama elemental motivado por una pugna vulgar que torpemente no tuvieron en cuenta los soñadores equivocados de 1945, iniciáticos responsables de la desastrosa actualidad del sistema de las Naciones Unidas. Un conflicto originado por los afanes de control del espacio decisivo y por las vanidades producidas por el litigio del lucimiento, el protagonismo pueril y las ventajas personales. Se asistía a las derivaciones internacionales de un conflicto doméstico japonés entre el embajador permanente, Excelencia Amikoto, con Excelencia Kudora, el titular del Consejo Ejecutivo, un ostensible dandy en calidad de retiro y también embajador de carrera, aunque siempre había atrapado —al contrario del sacrificado Amikoto— exclusivamente destinos de primera clase.

Su Excelencia Kudora era un formalista superficial pero bastante sensato, de competencia relativa pero actualizado con ramalazos de una cultura de vendedor de libros que le permitía citar abundantes sentencias de sabios y frases ajenas que bastaban para presentarse como un erudito. Sin embargo, su adversario Amikoto solía desacreditarlo sin contemplaciones, lo describía como un viejo “frivolón” que impresionaba a los distraídos y que nunca había concluido la lectura de un libro ni sufrido ninguna privación. Según Amikoto, desde niño Excelen-

cia Kudora había aprendido a no poner nunca el cuerpo a la adversidad, a darse los sofisticados gustos en la vida privilegiada que siempre le había resultado placentera; pertenecía a la casta de diplomáticos ancestrales y se había educado en el exterior para llegar al Japón exclusivamente a la hora de los repartos. Aparte, agregaba que Kudora era un tío motorizado por su audacia descarada pero que cometía el imperdonable error de tomarse en serio. Diseminaba Amikoto por los pasillos confidenciales las descripciones movilizadas por su rabia implacable. A su criterio Kudora era un paranoico que se suponía un constructor de los cimientos de la paz, hasta atravesar el riesgoso límite de haberse convencido de su identidad de necesario defensor de las causas nobles. El problema se agravaba porque el fabulador se autoconsideraba un paladín de la justicia y se definía un adelantado en la infructuosa guerra contra el analfabetismo. Téngase en cuenta que Kudora predicaba hasta conmovirse con la supuesta utilidad de sus palabras siempre en favor de la tolerancia y la idea etérea de la paz. Un virtual imbécil, señor embajador. Semejante teatralidad —insistía Amikoto— se sostenía por la elaborada figuración que emanaba desde la aureola de una banca, con la gestualidad de su compostura artificial y protegido detrás del escudo de material plástico que contenía la escritura de su nombre, “M. Kudora”. Un simbólico plástico rompible de letras blancas sobre fondo negro.

Desde su banca del Consejo, M. Kudora solía sentirse en condiciones de aconsejar a la humanidad. Recomendaba templanza a las próximas generaciones y se presentaba como tácito ejemplo que se debería seguir. Como si realmente el “frivolón”, por estar sentado en la mesa circular y pronunciar las palabras que se repetían hasta el vacío del agotamiento y desde hacía décadas, creyera de verdad en su situación de luchador inlaudicable contra el flagelo del analfabetismo.

Lo peor, lo humanamente insoportable, señor emba-